

Cuando se repuso permaneció grave, sentada junto al Marqués, mirando el valle extendiéndose á su vista verde y silencioso, atravesado por el Avesnes que corría en los prados como cinta de plata. Extendía el parque hasta el pie de las colinas las sombrías masas de sus grandes árboles, que dominaba con sus agudos techos el castillo. Las altas chimeneas de la ferrería arrojaban al cielo espesa humareda, y la torre de la pequeña iglesia sobresalía con la veleta en forma de gallo, que hacían brillar los oblicuos rayos del sol poniente.

En aquel tranquilo rincón soñaba Clara vivir, recordando que otras veces, desde aquel mismo sitio, lo había mirado con desdén y cólera. Ahora representaba para ella el paraíso, porque allí estaba Felipe.

XVII.

El día de Santa Clara caía aquel año en domingo, y felizmente Santa Susana era la víspera. Felipe, que desde el naufragio de su dicha subordinaba todas sus acciones á las necesidades de su posición, creyó inevitable celebrar este doble aniversario. Desde que se casó no había tenido ninguna recepción. La enfermedad de Clara duró todo el

invierno, y la convalecencia se prolongó bastante en la primavera, para que aun á los ojos más suspicaces pareciera natural que el amo de la ferrería tuviese cerrada su casa.

La agitación moral de Clara, que en diferentes ocasiones se había puesto de manifiesto, obligó á Felipe á demostrar públicamente el cariño á su mujer, dando una fiesta en su honor. Diez días hacía ya que habían circulado las invitaciones, cuando la tentativa de reconciliación hecha por la joven convirtió en estado agudo el crónico de la dolorosa situación en que vivían.

Desanimado Felipe, pensó un momento en renunciar á la fiesta; pero estaban en la víspera del día elegido y contó con la energía de Clara, sabiendo que por orgullo era capaz de poner cara risueña á toda la concurrencia. Con dolorido corazón, descontento de sí y de los demás, el amo de la ferrería se preparó por su parte á hacer gallantemente los honores de Pont-Avesnes.

Encerrada desde por la mañana con la Baronesa en su habitación, se preparaba Clara á la lucha. Quería agradar, y permaneció tendida, á media luz, descansando para recobrar los colores. Cuidábase como una cortesana que quiere hacer la conquista de un Nabab, no descuidando ninguno de los artificios del tocado, y realzando con el traje su incomparable belleza.

Eligió un vestido blanco guarnecido de Valencienes y adornado con ramos de rosas naturales. El escote dejaba ver el hermoso nacimiento de sus hombros, y por delante el admirable pecho, cuya blancura realzaba el tono brillante de una guirnalda de rosas que, partiendo de lo alto del brazo, descendía hasta el final de la falda, rodeando por completo á la joven con sus perfumados repliegues. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto su nuca de nieve, y llevaba en ellos, por único adorno, un ramito de rosas del Rey. Tan hermosa estaba, que Brigida y Susana, que la vistieron, llenas de admiración empezaron á palmotear. Clara echó al espejo una ojeada de reconocimiento, y siendo la hora de presentarse, bajó estremeándose. Con frac y corbata blanca estaba Felipe en el gran salón Luis XIV, hablando, bajo el fulgor de las arañas encendidas, con el Barón, que tenía arremangada la americana y las manos completamente amarillas. La Baronesa, al entrar con Clara, dió un grito de desesperación.

—Pero, amigo mío, ¿de dónde sales y á estas horas? ¿Qué manos son esas?

—Perdóname, querida,—dijo el Barón ruborizándose como escolar cogido en falta;—me he retardado un poco en el laboratorio... Un baño de yodo que por descuido

he derramado, me ha teñido ligeramente los dedos...

— ¡Ligeramente! — exclamó Sofia; — ¡pero si eso es un horror! ¡No estarás presentable! ¡Vas á parecer un fotógrafo!

El Barón se echó á reír.

—Esto se quita en seguida, te lo aseguro.

Y se dirigió hacia su mujer.

— ¡No te acerques! — dijo ésta retrocediendo con espanto. — ¡Llevo vestido nuevo! Anda en seguida á lavarte. Apenas tienes tiempo.

Feliz de librarse tan á poca costa de la reprensión, desapareció el Barón como un silfo.

Miró Felipe á Clara. En todo el esplendor de su belleza se adelantó ésta hacia él. Estaba radiante y no se advertía en su cara rastro alguno de sus preocupaciones. Interiormente admiró su marido la fortaleza de alma de aquella joven. Comprendió que era de verdad valerosa, y le agradeció que cumpliera tan brillantemente su deber. Dirigiéndole una sonrisa que la hizo palidecer de alegría, acercóse á ella, llevando en la mano un estuche de cuero negro en el cual estaban grabadas las iniciales C. D.

—Tiene V. pocas joyas,—dijo inclinándose. —Cuando nos casamos no supe procurarme cuanto deseaba para usted. Permítame reparar esta negligencia.

Eligió un vestido blanco guarnecido de Valencienes y adornado con ramos de rosas naturales. El escote dejaba ver el hermoso nacimiento de sus hombros, y por delante el admirable pecho, cuya blancura realzaba el tono brillante de una guirnalda de rosas que, partiendo de lo alto del brazo, descendía hasta el final de la falda, rodeando por completo á la joven con sus perfumados repliegues. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto su nuca de nieve, y llevaba en ellos, por único adorno, un ramito de rosas del Rey. Tan hermosa estaba, que Brígida y Susana, que la vistieron, llenas de admiración empezaron á palmotear. Clara echó al espejo una ojeada de reconocimiento, y siendo la hora de presentarse, bajó estremeciéndose. Con frac y corbata blanca estaba Felipe en el gran salón Luis XIV, hablando, bajo el fulgor de las arañas encendidas, con el Barón, que tenía arrengada la americana y las manos completamente amarillas. La Baronesa, al entrar con Clara, dió un grito de desesperación.

—Pero, amigo mío, ¿de dónde sales y á estas horas? ¿Qué manos son esas?

—Perdóname, querida,—dijo el Barón ruborizándose como escolar cogido en falta;—me he retardado un poco en el laboratorio... Un baño de yodo que por descuido

he derramado, me ha teñido ligeramente los dedos...

— ¡Ligeramente! — exclamó Sofia; — ¡pero si eso es un horror! ¡No estarás presentable! ¡Vas á parecer un fotógrafo!

El Barón se echó á reír.

—Esto se quita en seguida, te lo aseguro.

Y se dirigió hacia su mujer.

— ¡No te acerques! — dijo ésta retrocediendo con espanto. — ¡Llevo vestido nuevo! Anda en seguida á lavarte. Apenas tienes tiempo.

Feliz de librarse tan á poca costa de la reprensión, desapareció el Barón como un silfo.

Miró Felipe á Clara. En todo el esplendor de su belleza se adelantó ésta hacia él. Estaba radiante y no se advertía en su cara rastro alguno de sus preocupaciones. Interiormente admiró su marido la fortaleza de alma de aquella joven. Comprendió que era de verdad valerosa, y le agradeció que cumpliera tan brillantemente su deber. Dirigiéndole una sonrisa que la hizo palidecer de alegría, acercóse á ella, llevando en la mano un estuche de cuero negro en el cual estaban grabadas las iniciales C. D.

—Tiene V. pocas joyas,—dijo inclinándose.—Cuando nos casamos no supe procurarme cuanto deseaba para usted. Permítame reparar esta negligencia.

Y alargó el estuche.

Clara, cortada, vacilaba en tomarlo. La Baronesa lo cogió con presteza; lo abrió, y sacando de él un maravilloso collar de diamantes, le hizo brillar á la luz, exhalando gritos de alegría.

—¡Oh! querida; mira, mira. Es regalo de príncipe.

El gesto de Clara se contrajo. Era, en efecto, regalo de príncipe, y pensó la joven en las cuarenta mil pesetas, supuesto producto de su dote que descansaban tranquilamente en un cajón de su hermoso mueble de ébano. Uniólas á la enorme suma que debía haber costado el collar, y se sintió humillada hasta lo más profundo de su alma. ¡Qué lección de generosidad le daba Felipe! El dinero, argumento supremo empleado por ella, lo gastaba él con regia indiferencia, sin hacer caso alguno de lo que tanto trabajo le costaba ganar.

—Vamos, Felipe; póngala V. mismo al cuello este signo de esclavitud. Es lo menos que puede V. hacer,—dijo maliciosamente la Baronesa.

Volviéndose después hacia su marido, que entraba vestido con perfecta corrección:

—Oye tú, querido mío,—le dijo,—ya que andas siempre buscando piedras, procura hallarlas como éstas.

Felipe colocó con trémulas manos la joya en el cuello de su esposa; rozó con sus

dedos el satinado cutis, y la vió estremecerse á su contacto.

—¡Vamos! ¡vamos!—añadió la Baronesa.—En día como este es de rigor abrazarse.

Y empujó á Clara á los brazos de Felipe, que se puso pálido como un muerto. El amo de la ferrería aproximó los labios á la frente de su mujer, y con la garganta apretada por la emoción, nublados los ojos, preguntándose angustiado si iba á desmayarse, dió el más frío y más deseado de los besos.

Pasó en seguida al salón inmediato, deseando librarse del avasallador encanto de aquella intimidación.

Clara no había podido juzgar hasta entonces completamente la importancia de la posición de su marido. Por donde iba veíale acogido con deferencia y afecto; pero al recibir en su casa cuantas personas importantes había en el departamento, comprendió toda la influencia del amo de la ferrería.

En la comida estuvieron el Sr. Monicaud, prefecto republicano sujeto á trasformaciones, que sabía mitigar sus ideas políticas cuando estaba en sociedad; el Procurador general, hombre grave y acompasado; el Tesorero, retirado de la vida alegre, y persona muy amable, y el General comandante de la división. Todas las autoridades civiles y militares estaban allí. El metropolitano de Besançon, monseñor Fargis, á quien Felipe

había regalado una admirable verja para el coro de la catedral, consintió en ir á la recepción, contra su costumbre, haciendo al amo de la ferrería un obsequio que por nadie había hecho hasta entonces. Sentado á la derecha de Clara este risueño anciano, sufrió con el mejor buen gusto la presencia del Prefecto del Doubs, que había ejecutado implacablemente los decretos contra el clero.

Irritada por la envidia, asistió Atanasia al triunfo de su rival, y sostenida Clara por primera vez por la mirada de su marido, recobró la confianza, hablando con sumo gracejo y encontrando la palabra oportuna para halagar el amor propio de cada uno de los convidados. Sintióse admirada por Felipe, y ansiosa de agradarle, desplegó todos los recursos de una inteligencia superior.

Admiró también al Duque el esplendor de Clara, que por un esfuerzo supremo de su voluntad llegó á estar verdaderamente deslumbradora. Fascinado Bligny, la contemplaba sin cesar con una atención que no supo disimular. Fijos los ojos en ella, olvidó cuánto le rodeaba, y su pasión sobrecitada le hizo perder el respeto á las conveniencias, no advirtiendo que Felipe le observaba con semblante amenazador. Por lo demás, ¿qué le importaba el esposo? Sabíase desde hace tiempo que era hombre capaz de quitar

la vida á los maridos después de arrebatárselos el honor.

Aunque preocupado Moulinet en atraerse al Prefecto, cuya afición á los goces de la buena mesa revelaba su pasada vida, rica en privaciones, chocóle la actitud de Bligny. No había dejado de notar que el Duque, desde que estaba en la Varenne, ocupábase demasiado de Clara. Sin dar importancia en general á las galanterías de la juventud, en este caso especial le alarmaron mucho, porque el Sr. Derblay era una potencia, y en víspera de elecciones no convenía molestarle. Decidió, pues, hablar á su yerno.

Colocada la Duquesa junto á Felipe, procuraba con su charla llamar su atención, encontrándole distraído, frío y preocupado. La Marquesa de Beaulieu estaba sentada á la derecha del amo de la ferrería y muy molesta por el calor de las arañas, del cual protegía su frente con el abanico. Obligado Felipe á atender á todo el mundo, á derecha y á izquierda, sufría horriblemente viendo la insistencia del Duque en mirar á Clara. Creía que la vista de Bligny paseando por los desnudos hombros de la joven los manchaba con quiméricas caricias. Apoderóse de su ánimo terrible cólera, y conoció por primera vez todos los tormentos de los celos, imaginando el profundo goce de matar á aquel hombre que le había hecho tanto mal y que tan profundamente le torturaba todavía.

Las fútiles palabras de Atanasia, deseosa de acapararle á la vista de todos, le fatigaban, y aubeló con el mayor ardor verse libre de aquellos dos odiosos seres. Recordó el ruego de su mujer de que le alejase del Duque y de la Duquesa, y comprendió el cansancio de Clara, blanco continuo del odio de la mujer y del amor del marido. Resolvió, pues, librarla de ambos. Pero no le bastaba alejar al Duque. Le odiaba demasiado.

El término de la comida fué un alivio para él. En la terraza hacía delicioso fresco, y esperaba allí á Clara una agradable sorpresa. Todos los bosquecillos del parque estaban iluminados, y adornada la fachada del castillo con guirnaldas de flores. Moulinet había saqueado su invernadero para la fiesta, y una banasta de dorados juncos y de tres metros de larga contenía las más admirables variedades de orquídeas.

—Mi jardinero se arrancaba los pelos al verlas salir de la Varenne,—decía á media voz á los que le cumplimentaban.

No perdía, sin embargo, de vista á su yerno, que había logrado, con hábiles maniobras, separar á Clara del grupo de las señoras, y bloquearla en un rincón propicio.

En aquel sitio, los dos jóvenes que tanto se habían amado dijéronse sonriendo las frases más peligrosas: apasionado el Duque, deseoso de conquistar el afecto de Clara y pro-

testando de su amor; arisca y violenta la señora Derblay, queriendo terminar una entrevista que la estremecía, y elevando poco á poco la voz aun á riesgo de llamar la atención de Felipe. Al ver esto Bligny, cambió de táctica, y dulce y meloso, sólo habló de amistad, pidiendo á Clara únicamente que le diese la mano en señal de perdón. Sus apasionados ojos desmentían la sinceridad de las palabras. Fué acercándose poco á poco, y hubo un momento en que, enardecido por la semioscuridad que reinaba, estrechó á Clara tan de cerca, que ésta exclamó:

—¡Ten cuidado! Si no te alejas, aun á riesgo de dar un escándalo, llamo á mi marido.

El Duque había excitado la exaltación de la joven hasta el extremo. Moulinet salvó por el momento la situación, acudiendo risueño á terciar entre Bligny y Clara, y entrando en materia con una de esas vulgaridades características del chocolatero que tan soberanamente aburrían á su yerno.

—¡Qué puro está el cielo!—exclamó el exmiembro del Tribunal de Comercio, con acento elegíaco. —Es luna nueva y hará buen tiempo toda la semana.

Miró el Duque á Moulinet de soslayo, y aprovechando Clara esta distracción, se alejó con vivo regocijo. Dió un paso Bligny para seguirla, pero con ademán solemne le detuvo su suegro, llevándole á orillas del estanque.

—Señor Duque,—dijo Moulinet,—veo con sentimiento que abusa V. grandemente de las buenas relaciones que yo procuro mantener con el señor Derblay para...

—¿Para...?—repitió el Duque mirando á Moulinet de pies á cabeza del modo más impertinente.

—Ante todo,—exclamó el chocolatero perdiendo por primera vez la paciencia,—ruego á V., yerno mio—y acentuó este calificativo tan desagradable á Bligny,—que suprima respecto á mi ese tono burlón, porque no estoy dispuesto á sufrirlo en adelante.

—¡Hola! ¿El señor Moulinet se subleva y levanta la bandera de la magistratura consular?—dijo el Duque riendo.

—El señor Moulinet opina que está usted inconveniente,—contestó el suegro en tono más alto,—respecto á él y respecto al dueño de esta casa, cuya esposa corteja V. de un modo escandaloso.

—¿Vuestra señora hija me hace el favor de quejarse?—preguntó el Duque, afectando una finura que, por lo exagerada, era más irritante que sus burlas.

—No á fe mía; creo que, por el contrario, se cuida muy poco de vuestra fidelidad... y lo comprendo.

—Pues bien, ¿entonces?...—preguntó burlonamente el Duque.

Estiró el cuerpo Moulinet, y dirigiendo terrible mirada á su yerno, dijo:

—¿Y la moral, señor mio?

—¡Oh! ¡La moral de la calle de los Lombardos!—replicó el Duque haciendo un gesto de desdén.

—La calle de los Lombardos—exclamó Moulinet dándose importancia—tiene su valor, y algo sabe V. de ello.

—Señor Moulinet, no remueva V. tanto sus céntimos. Ya sabemos que es V. rico.

Y añadió mirando desdeñoso de pies á cabeza al exmiembro del Tribunal de Comercio:

—Es el único mérito que V. tiene, y no debe abusar de él.

—En ese caso,—replicó Moulinet perdiendo por completo la paciencia,—mi mérito tiene sobre el suyo la ventaja de que aumenta diariamente. Por lo demás, demasiado hago al interesarme por V. Continúe su culpada empresa, cuyo único resultado será una cuestión grave con el marido, y de antemano le prevengo que todas mis simpatías estarán de su parte...

—Perfectamente.

—Si mata á V.,—continuó Moulinet, que se animaba hablando,—le sucederá lo que merece.

—El juicio de Dios.

—Mi hija y yo haremos á V. funerales dignos de nuestra fortuna, y nos iremos á llorarle á Mónaco y á los baños de mar mientras dure el luto.

—Vamos, un luto alegre.

—El que merece el desarreglo de vuestras pasiones...

—Señor Moulinet, concluyamos, — interrumpió en Duque con altivez; — ni pido consejos ni acepto lecciones. Su vulgar pendería me ha entretenido durante algunos minutos, pero ya basta.

—Muy bien, señor mío, — dijo Moulinet dominado por la insolencia del Duque. — Haga V. lo que guste: me lavo las manos.

Y moviendo la cabeza con dignidad, se dirigió el suegro á los salones.

Gran movimiento había en la terraza. Susana acudió muy de prisa á encontrar á su hermano, que hablaba con el Procurador general y el Prefecto, y muy conmovida, le dijo:

—Ahí está una comisión de trabajadores. Son diez, y piden permiso para verte.

—¡Hola! ¡hola! — exclamó el Prefecto, cuyos sentimientos democráticos despertaron al oír «comisión de trabajadores»; — se trata de una demostración popular... Me parece muy bien.

—Lo menos va á pedir el Prefecto que toquen la *Marsellesa*, — murmuró el Tesorero sonriendo.

Felipe se adelantó á recibir á los trabajadores.

—¡Ah! Es V., Gobert, — dijo reconociendo á su más antiguo contraestrate, ves-

tido con traje de día de fiesta, el sombrero en una mano, un enorme ramo en la otra, y sonriendo intranquilo. — Adelante todos, amigos míos.

Gobert, que era un anciano de cabellos blancos, permaneció inmóvil, cortado al ver toda aquella elegante concurrencia que, alineada en la terraza, le examinaba con curiosidad.

— Anda, hombre, — murmuraban sus compañeros; — anda, puesto que tú eres el que ha de hablar.

Pero Gobert, paralizado por invencible emoción, miraba á todas partes con ojos desencajados, inmóvil, como si se hubiera convertido en piedra.

Susana le sacó de aquella situación cogiendo por la mano al anciano trabajador, á quien conocía desde niña, y llevándole á donde estaba Clara. El contraestrate se inclinó ante la joven, y muy turbado, buscando las palabras, aunque había aprendido de memoria su discurso, dijo:

—Puesto que el amo lo permite, señora Derblay, dignese V. aceptar este ramo que tengo encargo de ofrecerle á nombre de todos los compañeros, quienes le felicitan en este día. Sepa V. que en Pont-Avesnes somos mil ochocientos, y que cuanto tenemos se lo debemos á su marido, quien nos ha edificado casas, escuelas, hospital, y nos trata como hijos... Estamos á V. sumamente